

# Réquiem por el diablo

Julia Preciado Zamora\*

Desde niña supe que el diablo era un catrín vestido de negro, y que se podían escuchar sus espuelas “muy ladinas”. A altas horas, el catrín o diablo recorría a caballo las calles de Cuauhtémoc (cabecera de un municipio del estado de Colima), cuyos habitantes colaboraron como informantes para que el autor escribiera su *Sociología del miedo*. A diferencia de las mujeres que testimonian en este libro, yo lo oí y lo vi a través de los relatos que escuché de los adultos. El caballo siempre rondaba a “deshoras de la noche”, cuando los zaguanes de las casas se encontraban atrancados por dentro.

Aun cerrados, los portones permitían el paso del viento y también el martilleo de los cascos del caballo al chocar con las piedras y sacarles chispas. El choque del acero con el empedrado resonaba en las almohadas de quienes dormían y provocaba escalofríos en aquellos que todavía deambulaban despiertos. En ocasiones, que no siempre, se oían las pesadas cadenas que arrastraba el portentoso caballo del catrín. La fuerza de las pisadas del animal advertía que se trataba de una bestia enorme. Sé por añadidura que era negra.

Ignoro si quienes contaban las historias del catrín nocturno temían más al caballo que al propio diablo, pero así debió de ser, pues de otro modo nadie recordaría esos hechos. Ahora tengo la certeza de que ambos perviven en la memoria

◆ Historiadora y profesora investigadora del CIESAS unidad Occidente, bajo el programa Consolidación y Fortalecimiento de Cuerpos Académicos de Conacyt, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. México.

Luna Zamora, Rogelio. *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, 198 pp.

de los habitantes más añosos del pueblo de Cuauhtémoc. Seguramente que *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*, de Rogelio Luna Zamora —quien es oriundo del lugar—, publicado por la Universidad de Guadalajara e impreso curiosamente en los talleres de Ediciones de la Noche, contribuirá a que quienes recuerden al diablo no lo olviden, y quienes lo desdennan lo conozcan. Con seguridad así será. Esta obra, que forma parte de la colección “Producción Académica de los Miembros del Sistema Nacional de Investigadores”, y que se distribuye de manera gratuita, traerá a la memoria las viejas historias pueblerinas sobre el diablo, en particular a todos los que se inclinen por leer este curioso libro que, por cierto, originalmente fue la tesis doctoral del autor, quien realizó su trabajo “de campo”, en Cuauhtémoc, de 1995 a 1998.

Con la premisa de que “El miedo y el resto de las emociones son productos culturales”, Rogelio Luna, con una sólida formación multidisciplinaria a la que no alude en las páginas de este libro, quiso encontrar el trasfondo antropológico de la cultura del miedo de su comunidad de origen. A mí me tocó ver a Rogelio mientras conducía trabajo etnográfico: un Viernes Santo por la noche, el autor entraba al templo y salía constantemente, paseándose por el atrio con un verde perico sobre el hombro, y tomando notas mentales de lo que veía, sin que lo notaran (aunque suene increíble) los devotos que allí asistían.

La obra rescata los tres tipos de miedo que más y mejor experimentamos los cuauhtemenses. En el pueblo tememos al diablo, a las ánimas —aunque, según apunta el autor, con ellas establecemos una relación de tipo social, que se ubica en un sitio imaginario entre el miedo y el gozo—, y también tenemos pavor a los temblores. La teoría sociológica nos lleva a entender las características multifacéticas del miedo. Rogelio Luna Zamora centra su “atención en la

valoración de la fuente generadora del miedo, es decir, en el significado del objeto o fenómeno inductor del miedo y su relación con otros sentidos y símbolos”. En las propias palabras del autor, explico el enfoque central de *Sociología del miedo*:

Si bien es cierto que el miedo es inseparable de la vida social de cualquier grupo o sociedad, y que ha estado presente a través de todos los tiempos —como postulan los sociólogos positivistas—, también es cierto que el miedo no existe en abstracto, se objetiviza y cristaliza en formas específicas de acuerdo con las tradiciones religiosas, las cosmologías de grupo social y en relación con la historia, como postulan los antipositivistas, posición esta última que es la que se sostiene en el presente trabajo (p. 29).

Para la investigación, Rogelio Luna realizó 29 entrevistas a lugareños de Cuauhtémoc, las que le resultaron suficientes para distinguir patrones comunes entre los miembros de la comunidad. El autor eligió a sus informantes de acuerdo con tres variables: género, generación y estrato social. Logró sacarles el miedo a doce hombres y a dieciséis mujeres: la edad de los señores fluctuaba, en el momento de su estudio, entre los 26 y los 93 años, y la de las mujeres variaba entre los diecisiete y los 76 años de edad. Rogelio analizó dos generaciones, a las que llamó la “tradicional” y la “generación alternativa o nueva generación”. La primera, referida a las personas mayores de la comunidad, tiene como “característica básica” “que su acervo interpretativo se forma en los discursos ofrecidos por la Iglesia católica”, mientras que la segunda se relaciona con jóvenes profesionales y está conformada “bajo el criterio de los esquemas interpretativos de nuevo cuño”.

A ambos grupos en la muestra, que cuentan con representantes de diversa escolaridad, ocupación y estrato social, Rogelio Luna planteó preguntas como las siguientes: ¿has

escuchado algo relacionado con el diablo? ¿Tú has visto al diablo, se te ha aparecido alguna vez? ¿De quién más has sabido que vio al diablo o lo escuchó? ¿Qué te ha causado miedo o susto? ¿Sentiste miedo alguna vez?

La figura del diablo vestido de catrín, o de charro negro montando un brioso alazán, podía convertirse, según lo ameritara el caso, en una mujer que incitaba al mal, o incluso transformarse en un enorme cerdo o en un perro negro con ojos centellantes. Los testimonios de los entrevistados concuerdan en que la noche y las orillas del pueblo eran los mejores aliados del diablo. Sabemos de estas personificaciones porque el diablo sólo se aparecía ante los hombres que trasgredían las reglas del orden moral. Es decir, ante los hijos borrachos o desobedientes, y ante los maridos borrachos o adúlteros.

A las puras doce de la noche pasaba el diablo, casi diario, bien montado en un caballo prieto, con espuelas, y nomás [se escuchaban] las cuatro patas del animal “clap”, “clap”, “clap”, “clap”, “clap”, “clap”. Vestido de negro como de charro, diario a las puras doce. Comenzaban a maullar los perros, [a] chillar las gallinas” (testimonio de Enrique, 74 años, p. 80).

El diablo sabe a quién se le aparece. Las mujeres del pueblo sólo llegaron a escuchar al caballo que recorría las calles: oían pero no veían. Y es que la vía solitaria y oscura no era un espacio para que por ella deambularan las mujeres a altas horas de la noche. Por el contrario: en los tiempos ya idos, las mujeres encontraron en la figura infernal a un buen aliado, pues después de la desobediencia o de la borrachera llegaba el castigo que consistía en toparse en plena y desolada calle con el demonio mismo. Afirma Rogelio Luna con razón: “En situaciones desesperadas, cuando parece que van a perder control sobre el varón, ellas mismas amenazan con el diablo. Esa amenaza funciona como una especie de

convocación, que en la cultura local es más entendida como maldición que se convierte en ‘verdad’” (p. 71).

El testimonio de Saúl corrobora lo anterior:

Una vez que me echó mi mamá la maldición porque andaba borracho, y eran las 12:00 de la noche y que agarro la mula y me salgo a la cantina... llegué aquí como a las tres. Y ya iba entrando al corral... vi en una rama del guamúchil [al diablo] y que me bajo rápido [de la mula]. En cuanto me bajé la mula salió... brincó los alambres... yo salí sin correr pero sentí los pelos como que se me enchinaban y mi mamá me dijo “qué tienes” y yo le dije “nada”... y le dije “lo que me dijiste me salió” y le dije “mañana busco la mula” y me aventé un litro de alcohol puro y no se me podía controlar el escalofrío... Ya le digo que sí, la maldición de una madre sí se cumple para que no hagan nada así (testimonio de Saúl, 35 años, p. 77).

Rogelio Luna encuentra que las visiones acerca del diablo se fueron desdibujando con el cambio de generaciones y con la implementación de la energía eléctrica en el pueblo, que le disputó al diablo el monopolio de las sombras. Pero esto no ocurrió con las ánimas, el segundo generador de miedo en la comunidad. Las ánimas comparten con los vivos idénticos espacios.

Rogelio Luna encuentra dos tipos de vínculo que los vivos sostienen con las ánimas: la aparición y la relación social. En el primer caso, el ánima puede aparecerse de manera fugaz, es decir por una sola vez. En el segundo caso, la presencia del ánima frente al elegido puede ser constante, y durar meses o años. Entonces se entabla una verdadera “relación social”: “el ánima puede ser aquí concebida como un ser real: comunica sus deseos, ayuda al individuo y a su familia, se enoja, amenaza, se entristece. De facto, interviene con sus consejos en los asuntos de la vida del sujeto y en su vida familiar” (p. 112). Las ánimas pueden presentarse como un

bulto blanco, y en otras ocasiones toman forma humana: mujeres y hombres.

Me inclino a creer que, como en la vida real, existen más mujeres entre las ánimas que hombres: en la mayoría de los relatos que leí en el libro y que he escuchado, las ánimas son ancianas que van vestidas a la usanza de la época que vivieron. Para el autor, el miedo a las ánimas es uno que pervive en el imaginario de la comunidad y que difícilmente hará desaparecer la modernidad.

El tercero de los miedos de los cuauhtemenses tiene que ver con la noche, con la soledad, con los temblores, con los insectos y con los animales ponzoñosos. En la comunidad existen sitios naturales considerados como productores de miedo, dichos lugares se concentran en un área reconocible, con la ayuda de lo que el autor llama la geografía del miedo. Lamento que Rogelio Luna no incluyera en su libro un mapa que ubicara la comunidad dentro del estado, y un plano de Cuauhtémoc, en el que se pudieran apreciar físicamente las calles y los sitios donde anida el miedo, como el panteón, el jardín, el templo, algunas casas, árboles (yo añadiría el árbol de la plaza de toros, en el que una mala noche colgaron a una mujer), y la calle principal, que al parecer era la favorita del potro del diablo. ☹